



ANÁLISIS DE TEXTO

Releo las aventuras y desventuras del poeta francés Arthur Rimbaud por tierras de Somalia. Qué curiosa afición por los países exóticos solemos mostrar los occidentales. Siglo tras siglo, artistas, exploradores y aventureros varios quedaron embrujados por la llamada de los confines, y recorrieron el planeta, infatigables, hasta encontrar un lugar lo suficientemente remoto como para perderse. O quizá, justo al revés, para encontrarse.

Robert Louis Stevenson se fue a morir a los mares del Sur, Capote coqueteó con Tánger, Lawrence de Arabia se enrolló un turbante a la cabeza y jugó a creerse otro, el norteamericano Paul Bowles ha vivido mucho más tiempo en Marruecos que en su país natal, Alexandra David-Néel cruzó a pie el Himalaya hace ochenta años y se convirtió en maestra del budismo... En mayor o menor medida, todos ellos fueron prófugos de su propia cultura, y son tantos que la sola mención de sus nombres llenaría un grueso libro. Todos escogieron, durante algunos años o para siempre, el inquietante encanto de las tierras extrañas. Cabría preguntarse por qué.

Yo también he sentido, sin haber sido nunca una viajera perseverante, ese atractivo fatal de lo lejano. Recuerdo un amanecer en alguna carretera de la India, el olor a especias, a humedad, a humanidad, a madera y resina, a braseros encendidos con estiércol seco; y ese aire color malva, inerte y melancólico, más denso en apariencia que cualquier otro aire conocido. Ni el olor, ni la atmósfera, ni el dibujo mismo del amanecer eran semejantes a los otros amaneceres de mi vida; y fue eso, esa percepción profunda y certera de la ajeneidad, lo que convirtió aquel momento en algo inolvidable. Siempre echaré de menos esa madrugada india y otros pocos instantes parecidos; es la insoportable nostalgia de lo otro, de lo desconocido, de aquello que nunca será nuestro.

Algunas épocas de la historia han sido particularmente proclives a lo exótico: el Renacimiento, el Romanticismo... En esos períodos la sociedad entera hervía de sueños orientales; la literatura y la pintura se impregnaban de aromas remotos, y el pintoresquismo se convertía en moda, atiborrando las casas de adornos extranjeros y disfrazando a las mujeres de odaliscas. Pero lo más curioso es constatar que este amor por lo exótico suele florecer en aquellos tiempos en los que también florece el individualismo, como si la percepción aguda del yo fuera inevitable para poder sentir la atracción de lo distinto.

Aquí debe de estar la clave del encanto. Si a los humanos nos gusta tanto viajar, ya lo he dicho alguna vez, debe de ser para escapar del encierro de nuestra individualidad: para cambiar al menos de decorado, ya que no podemos cambiar nuestro propio cuerpo. Pero el exotismo del entorno nos proporciona un atractivo más: al zambullirnos en lo extraño, nuestro ser interior adquiere, por contraste, más relieve, más brillo, más definición. Es como meter un soldadito de plomo napoleónico entre las figuritas pastoriles de un belén navideño: resulta inconfundible. Tal vez también nosotros, al colocar toda la ajeneidad en el entorno, aspiremos a evitar así la confusión. A sentirnos más vivos, más coherentes, más sólidos.

1.- Preguntas referidas al texto (contestar ambas):

1.a.- ¿Qué consecuencias tiene en uno mismo el contacto con lo extraño?

Calificación: hasta 1 punto.

1.b.- ¿Por qué son importantes para la autora sus experiencias en países lejanos?

Calificación: hasta 1 punto.

2.- Resumen del contenido. Calificación: hasta 3 puntos.

3.- Comentario crítico del texto. Calificación: hasta 3 puntos.

4.- Presentación formal del ejercicio por el alumno. Calificación: hasta 2 puntos.